

espíritu. He aquí algunas florecitas de muestra, espigadas al azar:

Muestra de palabrería: «Ni el gobierno ni la sociedad crean los conflictos, sino los que que desafían sus leyes».

Muestra de xenofobia: «A los extranjeros peligrosos para nuestras instituciones debe deportárseles, aun cuando no hayan quebrantado nuestras leyes en forma punible por nuestros tribunales».

Muestra de industrialismo reaccionario: «Nuestro primer deber es poner a trabajar al inmigrante y convertirlo en productor. En seguida nuestro deber es educarlo, antes de que lo catequicen los bolseviques».

Muestra de religiosidad: «Tenemos que poner más confianza en la religión».

Muestra de tradicionalismo: «Debemos buscar nuestros guías en lo pasado».

Mister Coolidge, que fuma tabacos baratos, que anda siempre con las manos apañadas, que no sonríe nunca, que habla muy poco y que tiene profundas creencias religiosas, es un producto genuino del protestantismo norte-americano: es un dechado. Cree en la excelencia de la civilización

industrial, en el principio de autoridad y en la superioridad de la raza norte-americana de «vieja cepa». Algutos periódicos dicen que el nuevo presidente es un enigma, aunque esa afirmación es, en resumidas cuentas, una lisonja. Es posible sin duda que mister Coolidge resulte de improviso un estadista prodigioso, pero esos milagros no se ven todos los días.

Con lo cual se está dicho que los pueblos del Caribe donde hay procónsules nombrados por Washington, y los demás pueblos hispano-americanos donde ejerce influencia decisiva la Casa Blanca tienen poco que esperar de mister Coolidge. Las palabras del hijo de Salomón que recordaba el socialista a propósito de los liberales domésticos, pueden aplicarse a las repúblicas españolas vecinas del coloso:

—Yo añadiré yugo a vuestro yugo...

A los labios finos, apretados y sin sonrisa de mister Coolidge les sientan bien esas palabras. Ojalá sus hechos desmientan la profecía.

JESÚS SEMPRUM

Nueva York, 6 de agosto de 1923.

las cartas políticas traduce su ideal. Cuando construye la ciudad venidera, el escritor evoca las inquietas ciudades italianas, la gloria de los felices condotieros, la noble autoridad del podestá, la eficaz presión de los tiranos. ¿Por qué no heredará la antigua virtud de esos capitanes y, siendo moderno y actual, será también genuinamente italiano? Imagina, sin duda, que conquistará a Roma y que desde ella impondrá a Italia y al universo una nueva ley.

En la Constitución de Carnaro, solemnemente proclamada en la «Ciudad mártir» el 27 de agosto de 1920, se asocian la fantasía y el sentido de las realidades circunstantes y de los problemas contemporáneos. La vida es bella, dice uno de sus artículos. En otro leemos que el trabajo, por humilde que sea, contribuye a la belleza del mundo. El poeta olvida que es áspera la batalla de los hombres, que nos aprietan miserias y descontentos. Artista, ama la poesía de las cosas, el juego dorado de las apariencias. No abandona el nativo optimismo al legislar. En la operosa oficina que ha fundado, en Fiume que le escucha y le sigue, va a surgir, lo declara, el hombre libre, el hombre novísimo. Llega así a la tierra el reino del Espíritu y se cumplen misteriosos presagios.

La Carta resucita las antiguas corporaciones medioevales. En vez del amargo individualismo de épocas recientes, el cuadro firme para que encuentre el trabajador protección y vigilancia. Menor libertad y también menor dolor, porque en el frenesí de la concurrencia se disuelven las ciudades y se enferman las almas. Una Cámara alta, el Consejo de los Optimos; otra, el Consejo de los Provisores en que figuran representantes de las agrupaciones económicas, de las corporaciones, legislan en la ciudad dilecta. El parlamento es una suerte de asamblea profesional, tal como la anuncian flamantes reformadores.

En casos de extremo peligro, el jefe de la República, el primero en ciudad o reino, se proclama dictador. La Constitución recuerda que en la República romana, duraba seis meses el período dictatorial. D'Annunzio ejerció en Fiume una activísima dictadura. Sorprendían la laboriosidad y el entusiasmo de quien había ya entrado en las avenidas de la vejez. El pueblo, embriagado por sus oraciones tribunicias, le seguía y el mismo Adriático perdía su amargura. Nada escapaba a su previsión, a su acción omnipresente; todos los esfuerzos culminaban en belleza. En su alma que se enamoró de tantas heroicas figuras, creo que perece la memoria de Alcibíades y sobrevive la de Pericles. El poeta construye, levanta sólidos muros al son de

Fascismo y fiumanismo:

la evolución política de D'Annunzio y las ideas de Mussolini

Paris, 1923.

FIUMANISMO llaman en Italia la actitud de la ciudad heroica, de Fiume abandonada por la flaqueza de los políticos y las concesiones de los diplomáticos. De esa actitud deriva una teoría precisa. El Dr. de la nueva doctrina que los legionarios derraman por el reino es d'Annunzio. Entre Corradini y Mussolini, entre el nacionalismo teórico y el fascismo beligerante surge el caudillo de los *arditi* cantando y gobernando, con ínfulas de guerrero y de agorero. En el seno de la República, a pesar de las admoniciones de Platón, domina un poeta.

En hazañas de la tierra y del aire aspira a ser el superhombre que sus libros anuncian, el Zaratustra latino, abundante y ferviente, que se trasmuta en soldado. En él no observamos el divorcio entre la idea pura y la acción. Combate y sueña, dirige máquinas de guerra y efervoriza a las multitudes con parábolas. Ocupa a Fiume y lo organiza mientras discuten los plenipotenciarios de la paz. Prefiere el gesto grave al verbo estéril.

Se mofan de su dictadura los políticos, pero él se obstina y contribuye al desconcierto de Europa. Pronto un séquito de imitadores prolonga en el continente un estado de turbación y desencanto.

Extraordinario poder de hombres singulares en el tumulto creado por la guerra. Los estadistas se convierten en dictadores, queda supeditado el orden civil a la voluntad de ilustres generales, intervenciones inesperadas destruyen la obra penosa de las cancillerías. D'Annunzio inicia, en Fiume, esta actividad ilegal. Le acompañan o le siguen caciques que aman la violencia, Korfanty en Silesia, Hitler en Baviera, en el Asia renaciente Mustafá Kemal. El Estado organizado y respetado confiesa en todas partes su impotencia. Libres grupos se substituyen a él en la función del gobierno. En una Europa desorbitada aparecen los caudillos de nuestra América. Sobre tradiciones y convenciones se levanta, en pueblos supercivilizados y archicultos, la individualidad soberana.

Porque es poeta, porque nunca puso límites a su ambición, D'Annunzio se preocupa no sólo de la ciudad en que domina sino del reino entero. Merced a él va a quedar fundamentada la futura vida italiana. La más curiosa de

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.